

la virilidad deja de ser aquí un imperativo categórico sino que, cada vez más, los valores femeninos están presentes en la identidad masculina» (Duret, 1999, 35). Sobre todo, aquí las chicas son más percibidas como compañeras.

VIII. EL CAMINO DEL RIESGO

El día en que estuviera en plena posesión de mi valor escogería mi causa. Pero para llegar a ese dominio debía soportar una prueba. La prueba que se ofrecía a mí era esa guerra, y yo no quería dejarla pasar y no me preocupaba otra cosa [...]. Mientras no hubiese aprendido a tratar con despreocupación a la muerte, no podría saber realmente si había crecido.

ELSA MORANTE, *La isla de Arturo*⁷

Aunque biológicamente son ya con todo derecho hombres o mujeres, su independencia aún no está adquirida. Una larga fase de expectativa y de incertidumbre se extiende entre la adolescencia y la madurez social. El porvenir es una inquietud. Lo provisorio rige las relaciones amorosas, la relación con el trabajo, la relación con la familia, las tecnologías de lo cotidiano, que a su vez son obsoletas. Nuestras sociedades conocen un aumento de la duración de la formación, y de la entrada en una actividad profesional, a menudo a través de un período de desocupación, empleos descalificados y transitorios. Desde los años noventa, diplomadas o no, las jóvenes generaciones acumulan desocupación, pasantías, empleos precarios, y los diplomados a menudo son empleados por debajo de su calificación. La «moratoria» adolescente es tanto más difícil de vivir cuanto que los jóvenes son de manera permanente solicitados por la seducción del consumo, y en ocasiones hay que armarse de paciencia un largo rato antes de adquirir su independencia económica y moral.

⁷Elsa Morante, *L'île d'Arturo*, París, Gallimard, «Folio», 1978. [*La isla de Arturo*, trad. de Eugenio Guasta, Barcelona, RBA Coleccionables, 1994.]

La voluntad de liberarse de la tutela de los padres, de emanciparse plenamente es impugnada por la falta de medios simbólicos y materiales para acceder totalmente a dicha independencia.

A diferencia de sus padres, a menudo en rebelión a la misma edad contra sus mayores, los jóvenes de hoy participan globalmente de los mismos valores y no están en conflicto con sus padres. Son favorables a la individuación de la relación con el mundo y, por lo tanto, al hecho de que cada uno es libre de escoger su inclinación sexual, su apariencia, sus valores, etc. Sin embargo, volverse adolescente es tanto más difícil hoy cuanto que la tarea de ser un individuo no deja de ser menos ardua. Ser un individuo, en el sentido moderno del término, implica la dificultad de ser uno, el hecho de no disponer de puntos de referencia ya establecidos, sino de tener que construirlos uno mismo. Las regulaciones colectivas se han borrado, el joven se ve obligado a encontrar en él los recursos de sentido para ser el actor de su existencia. A él le corresponde instituirse por sí mismo, ciertamente bajo la influencia de los otros y en el seno de una condición social que ejerce un peso sobre sus elecciones, pero con un margen de maniobra que a él le corresponde construir.

Por cierto, la inestabilidad de las tradiciones, la transformación de la familia, la desestandarización del trabajo, la precariedad de las relaciones amorosas, la necesidad de inventar por sí mismo el estilo de su relación con el mundo, etc., no son necesariamente elementos generadores de turbulencias sociales o sufrimientos individuales. A la inversa, son incluso la ocasión de un rompimiento de las rutinas, un llamado a la invención, a la renovación de sí. Algunos jóvenes poseen los medios materiales y, sobre todo, simbólicos para tener una buena figuración en la competencia social, salir del mal paso sin temor a pelarse, e invisten a la escuela como fuente de emancipación social. No tienen ataduras y están dispuestos a alzar el

vuelo a otra parte para no perder una oportunidad de avance o un trabajo interesante. Tienen el gusto y los medios de asumir riesgos, y florecen en ese estado de ánimo. Son individuos en el sentido pleno, en un contexto económico difícil, pero artesanos de su existencia, inclinados a la experimentación, apasionados por la novedad. Se reconocen en los valores de competencia, de mérito, de movilidad. No temen la incertidumbre y la viven, incluso, como un desafío.

INDIVIDUOS EN NEGATIVO

Algunos no disponen de los recursos de sentido para permanecer a la altura de las exigencias requeridas por una sociedad más dura. Para aquellos, las transformaciones sociales ligadas a la globalización son motivos de angustia. Surgidos de medios a menudo populares, que en ocasiones crecieron en barrios de complejos urbanísticos, en el desprecio de la escuela y la cultura, sin que sus padres los apoyen en esto, a veces denigrándola ellos mismos, no disponen de los medios para participar plenamente en la competencia. Les cuesta trabajo movilizar los recursos para saltar de una situación a otra. No aprendieron a renovarse de manera permanente y semejante hipótesis los asusta. Para ellos, la movilidad está asociada al miedo. El mundo del trabajo es de difícil acceso, y allí ocupan empleos precarios o son a menudo desocupados. Las posibilidades de promoción social son para ellos más medidas que las de sus padres a la misma edad. Individuos en negativo, que no se sienten bien en su pellejo, que no tienen un anclaje simbólico sólido, viven su condición personal como una fatalidad sobre la cual no tienen ningún asidero. A menudo están desenganchados socialmente, sobre todo si también tropiezan con tensiones afectivas en su familia o con heridas de infancia

que los proyectan en una serie de conductas de riesgo. Su autonomía de individuos no es una ampliación de su libertad sino una serie de restricciones. A veces están aislados en el seno del lazo social al tiempo que aprovechan, en su mayoría, la solidaridad familiar o la ayuda de los trabajadores sociales cuando su angustia es conocida.

La visión apaciguada y previsible del porvenir hoy da paso a una multitud de proyectos episódicos a corto plazo en espera de otra cosa. El tiempo vivido se vuelve secuencial. El porvenir no es ya lo que era. El mundo se vuelve fluido, presa de una urgencia generalizada (Aubert, 2003; Lachance, 2010). La inmersión con todas sus ventajas y derechos en el lazo social no es ya un dato manifiesto, sino por conquistar. La preocupación no es ya la del compromiso sino llevar el timón en la indiferencia a los otros. De ahí el sentimiento común del crecimiento de las incivildades, en el sentido de una ruptura de las antiguas formas de tacto con los otros, la desaparición de la confianza (Watier, 2008) y la indiferencia a toda responsabilidad si no se la notificó mediante un contrato jurídico. El individuo se siente poco enlazado con los otros, ya no considera que debe rendirles cuentas. «El individuo contemporáneo sería el individuo desconectado simbólica y cognitivamente desde el punto de vista del todo, el individuo para el cual no tiene sentido ponerse en el punto de vista del conjunto [...]. Lo que cuenta es lo que le permite o le impide ser uno mismo» (Gauchet, 2002, 254).

Por una parte, la adolescencia está liberada de las antiguas coerciones de la vergüenza y de la culpabilidad, o, por lo menos, esos sentimientos cambiaron de naturaleza debido a modificaciones de la configuración familiar. Ya no tienen el mismo poder de prevención frente a ciertos comportamientos como se observa en el *happy slapping*⁸ o la imposibilidad de identificarse con el

⁸El *happy slapping* consiste en filmar la agresión física

otro conduce a las peores exacciones a su respecto, con total indiferencia (Le Breton, 2007). La preocupación apasionada del instante y de la experimentación recorta las antiguas preocupaciones morales que marcaban a las generaciones anteriores. Aparecidas en la línea de una serie televisiva británica de culto, las *skin parties* corresponden a una voluntad de llegar al extremo de sí mismo en una búsqueda apasionada de sensaciones que transforma el cuerpo en objeto de experimentación: ni prohibiciones ni límites en un espacio cerrado y un contexto festivo donde sexualidad, drogas, alcohol, participan en un ambiente de relajación de todas las coerciones de la vida cotidiana.

EXISTENCIA SIN CONFIANZA

La adolescencia es el momento en que se elabora un sentimiento de identidad, todavía maleable, para el joven que no deja de interrogarse sobre su persona. Llevado por un proceso de reconquista de sí, ignora el objeto de su búsqueda, trata de convertirse en lo que es, y que le permanece tan ajeno. La evidencia del camino de pronto se sustrae, sobre todo si los padres no son suficientemente amantes, disponibles, proveedores de límites. El sufrimiento es una confusión del sentimiento de identidad. El joven ha perdido su centro. Arrojado a un mundo que no comprende, fracasa en diferenciar sus fantasías y lo real. Si no encuentra límites de sentido planteados por sus padres u otros adultos importantes a sus ojos con el objeto

deliberada de una persona (agresión a un transeúnte, violación, paliza a un sin techo, etc.), con ayuda de un teléfono portátil, con el objeto de difundir las imágenes. El término inglés, que, literalmente, significa «dar bofetadas alegremente» es un juego de palabras con la expresión *slap-happy*.

de discutirlos o combatirlos, sigue siendo vulnerable. La experiencia del niño es ínfima y más bien está hecha de briznas de lo que oyó a su alrededor y que se apropió; la del adolescente es apenas más significativa, no dispone de un pasado suficiente para darle una perspectiva sobre el presente. Para muchos niños o jóvenes que no se sienten bien en su pellejo, esa transmisión de sentido no cumple adecuadamente su papel y los deja en suspenso, indecisos en orientarse. En una sociedad donde los caminos de la existencia ya no están trazados, donde faltan las ideologías de los futuros promisorios, la socialización cede a la experimentación. La producción de su existencia a partir de sus propios recursos de sentido, a través de modelos contradictorios, es una empresa difícil para los jóvenes que casi no disponen de materia prima para construirse. Si la valorización social de la responsabilidad y de la iniciativa personal engendra en los mayores la «fatiga de ser uno mismo» (Ehrenberg, 1998), entre los más jóvenes suscita la duda permanente que adquiere para algunos la forma jubilosa de una búsqueda interminable y, para otros, el desamparo nacido del sentimiento de insignificancia personal, del vacío de la existencia.

El niño o el adolescente proyecta en sus acciones el grado de confianza que experimenta en sus recursos. Si los cimientos de la «confianza de base» se establecen en los primeros años de la vida primero a través del apego a la figura materna, se amplía al lazo social a medida que el niño crece. Ella alimenta un espacio de compromiso creativo en el mundo. La solidez de esta posición es esencial para el adolescente, e implica el poder de decir «no», pero «acompañándolo de una incitación que abre el espacio de un “sí” en la perspectiva de un nuevo desarrollo» (Matot, 2012, 233). Pero no son los únicos que ocupan una posición de autoridad y de afecto: otras competencias existen a su alrededor, así no fuera sino

entre los miembros de la familia ampliada. Padres ausentes, fríos, golpeadores, fragilizan la confianza del niño en sus recursos, inducen una dificultad en la apropiación de su entorno. Sin embargo, no es posible dejar de transmitir a los niños cierta cualidad del gusto de vivir, del sentido de la existencia, para lo mejor o para lo peor. Sus padres son el espejo en el cual él se mide para buscar el personaje que podría ser. Si no están ahí o manifiestan una ambivalencia o una agresividad para con él, ya no posee esa brújula para convencerlo de que su existencia vale la pena de ser vivida. Está indeciso sobre sus experiencias. El pasaje adolescente implica la presencia sensible de los allegados para construirse de manera feliz, apoyarse en ellos o, en ocasiones, oponerse, pero con la convicción de existir siempre a sus ojos.

El mito de una juventud eternamente mal en su pellejo, rebelde, dolorosa, a menudo es una manera de desactivar las tensiones reales que marcan a la juventud de nuestras sociedades. El mundo no va a cambiar nunca, los jóvenes siempre van a suscitar dificultades. Encerrándolos así en una suerte de destino, una ontología negativa, uno rehabilita los malestares del tiempo presente y se justifica por no adoptar las medidas adecuadas. Esperemos que la «juventud pase con el tiempo». La otra tentación, no menos discutible, es promover la idea de que la juventud está hoy perfectamente bien, que la noción de crisis o que la amplitud de las conductas de riesgo son pequeños fenómenos exagerados por sociólogos o psicoanalistas alarmistas. Las dificultades de entrada en la vida son en la actualidad considerables, y las angustias prominentes llegan a entre el 15 y el 20% de los adolescentes.

El término de conductas de riesgo aplicado a las jóvenes generaciones reúne una serie de comportamientos que ponen la existencia en peligro de manera simbólica o real. Tienen en común la exposición deliberada al riesgo de herirse o de morir, de alterar su porvenir personal, o de poner su salud en peligro: desafíos, juegos peligrosos, tentativas de suicidio, fugas, vagabundeo, alcoholización, toxicomanías, trastornos alimentarios, velocidad en las rutas, violencias, relaciones sexuales no protegidas, rechazo a proseguir un tratamiento médico vital, etc. Estos comportamientos ponen en peligro las posibilidades de integración social del joven, sobre todo a través de la no escolarización y, a veces, como en el vagabundeo, la alcoholización extrema, el «viaje» o la adhesión a una secta, desembocan en una disolución provisoria de la identidad. Pero también son una experimentación vacilante de un mundo social que se sigue escapando. El riesgo está presente como una materia prima para construirse, sin embargo con la eventualidad no desdeñable de morir o de ser herido. Una agravación de las ideas negras conduce a desdeñar toda protección de sí. La cuestión del gusto de vivir domina las conductas de riesgo de las jóvenes generaciones. Son una interrogación dolorosa sobre el sentido de la existencia.

Algunos de estos comportamientos se inscriben en la duración (toxicomanías, trastornos alimentarios, escarificaciones, alcoholización, vagabundeo...) o adoptan la forma de una empresa única ligada a las circunstancias (tentativas de suicidio, fuga, etc.). Esta propensión al actuar que caracteriza esta edad está ligada a la dificultad de movilizar en sí recursos de sentido para enfrentar los escollos de otra manera. El recurrir al cuerpo es una tentativa psíquicamente económica de escapar a la

impotencia, a la dificultad de pensarse. Aunque a veces esté cargado de consecuencias, marca un intento de recuperación del control. El peligro inherente a estos comportamientos parece al joven de poco peso frente a su malestar de vivir.

LOS MALENTENDIDOS

Algunos datos antropológicos coinciden en la amplitud de esos comportamientos en este período de la vida. Las particularidades del sufrimiento en el adolescente, por un lado, y por el otro una representación de la muerte que lo torna vulnerable. En efecto, el sufrimiento de un adolescente no es el mismo que el de un adulto. Allí donde el adulto, enfrentado a dificultades personales, puede relativizarlas y ponerlas a distancia, incluso hasta recurrir a un tercero (médico, psicólogo, etc.) con el objeto de superarlas, el adolescente las toma en toda su extensión rechazando toda ayuda. No dispone de ninguna perspectiva para atenuar su acuidad. Los acontecimientos que lo perturban parecen a menudo irrisorios a los ojos de los padres o de los allegados cuya experiencia de vida tiende a matizar su fuerza de impacto. Pero el joven las vive por primera vez, duda de sí mismo, está «a flor de piel». Hablar de motivos «fútiles» para tentativas de suicidio o fugas equivale a proyectar una psicología adulta sobre un joven y perder su subjetividad. Uno de los obstáculos para una atención eficaz y comprensiva radica justamente en ese adultocentrismo: no ver al joven a su altura y no comprender la dimensión de lo real en que él se mueve (Le Breton, 2007).

Además, el adolescente todavía no posee de la muerte la visión trágica e irreversible que es la de sus mayores. Si bien no es ya el niño que asimila la muerte a una suerte

de viaje del que se vuelve tras un momento de ausencia, no es todavía el adulto que conoce su filo, está en el «bien lo sé pero de todos modos». Sabe que la muerte existe pero ella no lo atañe. Cada uno tiende a sentirse «especial». Todavía vaga a sus ojos, la muerte no puede alcanzarlo (Le Breton, 2007). «Me hago cargo», es lo que por lo general dice el joven, que rechaza desdeñosamente las exhortaciones de los otros a su alrededor para que sea menos ciego en esos comportamientos.

Las conductas de riesgo remiten a la dificultad del acceso a la edad de hombre o de mujer, al sufrimiento de ser uno en ese pasaje delicado. Son ampliamente dependientes de la trama afectiva que marca el desarrollo personal. Involucran a jóvenes de todos los medios, aunque su comportamiento depende también de su condición social. Un joven de barrio popular que se siente mal en su pellejo es más propenso a la pequeña delincuencia o a una demostración brutal de virilidad por la violencia que otro de un medio privilegiado que goza, por ejemplo, de un acceso más fácil a las drogas. El adolescente que se siente mal en su pellejo está primero en un sufrimiento afectivo, aunque su condición social y su sexo añaden una dimensión propia. Solo su historia personal y la configuración social y afectiva en la cual se inserta aclaran el sentido de comportamientos que a menudo son los síntomas de un disfuncionamiento familiar, de una carencia afectiva, de un maltrato, de tensiones con los otros o de un acontecimiento traumático. Una dolorosa voluntad de perturbar las rutinas familiares, de expresar el desamparo, de provocar un apoyo y ser reconocido como un ser «existente» lo anima. A menudo, el joven se busca e ignora lo que persigue a través de esos comportamientos de los que sin embargo ve hasta qué punto perturban a su entorno y lo ponen en peligro. Pero tiene la necesidad interior de proseguirlos mientras no

haya encontrado respuesta a su desamparo o hallado en su camino un adulto que lo detenga y le suministre el deseo de crecer.

LEGITIMAR LA VIDA

Las conductas de riesgo también están marcadas por las connotaciones sociales del género. Entre las chicas (Ait el Cadi, 2003; 2005; Sellami, 2011) adoptan formas discretas, silenciosas (trastornos alimentarios, escarificaciones, tentativas de suicidio...), allí donde entre los varones son exposición de sí (y eventualmente de los otros), a menudo bajo la mirada de los pares (suicidios, violencias, delincuencias, provocaciones, desafíos, alcoholización, velocidad en las rutas, toxicomanías...). Si las chicas hacen claramente más tentativas de suicidio, los varones se matan más recurriendo a medios más radicales (ahorcamiento, armas de fuego).

Las conductas de riesgo son ritos íntimos de contrabando que apuntan a fabricar sentido para seguir viviendo. En oposición a los pasajes al acto, son a menudo actos de pasaje (Le Breton, 2003, 2007). Marcan la alteración del gusto de vivir de una parte de la juventud contemporánea, el sentimiento de estar ante un muro infranqueable, un presente que nunca termina, desposeído de todo porvenir. Si no está alimentada de proyectos, la temporalidad adolescente se estrella en un presente eterno que torna insuperable la situación dolorosa. No tiene la fluidez que permite pasar a otra cosa. Las conductas de riesgo traducen la búsqueda vacilante y dolorosa de una salida. Pero, simultáneamente, son maneras de forzar el pasaje rompiendo el muro de impotencia experimentado ante una situación. Dan testimonio de la tentativa de salir de ellas, de ganar tiempo para no morir, para seguir viviendo todavía. Y el tiempo, decía Winnicott, es el primer remedio

de los sufrimientos adolescentes (1969, 257-258). Esas pruebas que se infligen los jóvenes son formas inéditas de ritos que apuntan a una experimentación de sí, pero en un contexto solitario (o a veces con algunos amigos). En su diversidad, son primero tentativas dolorosas de ritualizar el pasaje a la edad de hombre o de mujer, para jóvenes para quienes existir es un esfuerzo permanente. Sobresalto de conciencia, manera de debatirse y de jugar su existencia contra la muerte para dar sentido y valor a su vida, participan de una búsqueda de límites de sentido, de una detención por lo menos provisoria a las incertidumbres experimentadas. De alguna manera encuadran la situación, la redefinen poniendo al joven en el corazón del dispositivo como actor, y no ya como un elemento indiferente arrastrado en la oleada de sufrimiento. Pero la herida o la muerte pueden acaecer en todo momento recordando que no se juega impunemente con el peligro. Al abandonar una parte para no perderlo todo, el joven corre el riesgo de su cuerpo para recuperar su lugar en el tejido del mundo y efectuar un acto de pasaje que lo saque finalmente del sufrimiento, de ese estado de suspensión dolorosa que parece sin salida. Vuelve a ser actor de su existencia, ejerce un control sobre sus vivencias a través de recurrir a remedios paradójicos pero que participan de antropológicas eficaces y autorizan a seguir viviendo.

ORDALÍA, SACRIFICIO,
BLANCURA Y DEPENDENCIA

Varias figuras antropológicas se cruzan en las conductas de riesgo de los jóvenes, no se excluyen entre sí sino que se entremezclan: ordalía, sacrificio, blancura y dependencia. Las hemos descrito largamente en *En souffrance. Adolescence et entrée dans la vie* (2007).

La ordalía es una manera de jugarse el todo por el todo

y entregarse a una prueba personal para examinar una legitimidad de vivir que el joven no experimenta porque el lazo social fue impotente en dársela o bien porque la ha perdido y los esfuerzos de los otros no la restablecieron. Al ponerse en peligro, él interroga simbólicamente a la muerte para garantizar su existencia. Todas las conductas de riesgo de los jóvenes tienen una tonalidad de ordalía. La exposición al peligro apunta a expulsar lo intolerable para encontrar el sosiego. Toda confrontación con la muerte es una redefinición radical de la existencia. El proceder no es en modo alguno suicida, apunta a relanzar el sentido. La muerte simbólicamente superada es una forma de contrabando para fabricar razones de ser. La salida posible es la de finalmente existir, despojarse de la muerte que se pega a la piel habiendo sabido mirarla de frente. Tentativa de vivir y no tentativa de suicidio. Al término de la prueba está no solo el poder de sobrevivir, sino también el impacto renovado de lo real que proporciona una detención a la interminable caída en el sufrimiento.

El sacrificio juega la parte por el todo. El joven abandona una parte de sí para salvar lo esencial. Esto ocurre, por ejemplo, con los ataques al cuerpo o las adicciones como la toxicomanía, la anorexia o la alcoholización. Etimológicamente, *sacrificio* proviene de *sacra-facere*, acto de hacer actos o cosas sagradas. El sacrificio expulsa fuera de la vida ordinaria, el joven se beneficia con una transformación proporcional a la significación de lo que es sacrificado. Por ejemplo las escarificaciones, donde se hace daño para sentir menos daño, se inflige una herida para apaciguar un sufrimiento. Para quien acepta pagar el precio se anuncia un posible pasaje más allá de la zona de turbulencia, un renacimiento al mundo a través de recursos de sentido renovados. El sacrificio no se inscribe en una voluntad de intercambio interesado, en la medida en que el joven ignora lo que persigue. Él está en busca de una significación presentida de la que no tiene una

clara conciencia. La eficacia simbólica puesta en juego es suficientemente poderosa, debido a las transgresiones operadas por el acto, para modificar su relación con el mundo.

La blancura es la borradura de sí en la desaparición de las coerciones identitarias. No ser ya el hijo o la hija, el alumno o el estudiante: escapar de sí, de su historia, de su nombre, a su medio afectivo. Se la encuentra sobre todo en el vagabundeo, la adhesión a una secta, el «viaje» a través del alcohol, la droga u otros productos. Búsqueda del coma y no ya de sensaciones. El desafío es dejar de ser uno para no ser más alcanzado por las asperezas de su entorno. La blancura es un embotamiento, un dejarse caer nacido de la impotencia para transformar las cosas. En principio, no es un estado duradero, sino un refugio más o menos prolongado, una esclusa para protegerse. De ningún modo es una locura, siquiera provisoria, porque el individuo nunca deja de ser él mismo, aunque esté en una suerte de relajamiento de las representaciones sociales ordinarias, y a veces retoma su existencia bien arraigada en el lazo social después de esos eclipses; también sabe actuar si las circunstancias lo ordenan. Sabe lo que hace al deshacerse de él mismo. La blancura es producto de un individuo que cae fuera del mundo ordinario o que provisionalmente se niega a colaborar con él. No está en la muerte pero tampoco llega a nacer, es prisionero del pasaje, en una especie de glaciación interior. Está atornillado a la ausencia para protegerse y recuperar su aliento no dejando transparentar en el exterior más que un mínimo. La blancura traduce la voluntad de volverse diáfano, de deshacerse del fardo de ser uno.

La dependencia es otra figura antropológica. A la incertidumbre de las relaciones el joven opone la relación regular con un objeto que orienta totalmente su existencia, pero que tiene el sentimiento de dominar a voluntad y

eternamente: droga, alcohol, alimento, escarificaciones, etc., gracias a los cuales decide a su capricho acerca de los estados de su cuerpo, sin perjuicio de transformar su entorno en pura utilidad y de no investir ninguna otra cosa. A lo inasible de sí y del mundo opone lo concreto del cuerpo. Las relaciones de dependencia son una forma de control ejercido sobre la vida cotidiana frente a la turbulencia del mundo. El joven reproduce incesantemente una relación particular con un objeto o con una sensación que finalmente le proporciona la impresión furtiva de pertenecerse y de estar todavía anclado al mundo.

Estos comportamientos son, la mayoría de las veces, provisionales, no duran más que un momento, mientras el joven no haya respondido aún a la cuestión del sentido de su existencia. Los sufrimientos propios de esta edad son poderosos, pero reversibles. En ocasiones sorprenden por su resolución rápida cuando parecían ir hacia lo peor, del mismo modo que el joven que parecía sin problemas a veces encubre dolorosos despertares para el entorno que no percibió la extensión de un desamparo cuidadosamente disimulado. En la inmensa mayoría de los casos, esos sufrimientos y las conductas de riesgo que los acompañan no duran más que un momento y, con el correr del tiempo, son abandonados. Se curan a través de las experiencias sucesivas del joven: encuentros amorosos, compromisos en actividades culturales o deportivas, etcétera.